

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:

La conjura de los quisquillosos (Lecciones de Barthes)

Autor/es:

Montiel, Alejandro

Citar como:

Montiel, A. (1998). La conjura de los quisquillosos (Lecciones de Barthes). La madriguera. (9):57-57.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41676>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



La conjura de los quisquillosos (Lecciones de Barthes)

¿Cuál es el trabajo de la crítica, o, por mejor decir, cómo se construye lo “crítico-verosímil”? Barthes dixit: “Escribir es **ya** organizar el mundo, es **ya** pensar (aprender una lengua es aprender cómo se piensa en esa lengua). Es pues inútil (y sin embargo en ello se obstina lo verosímil crítico) pedir al otro que se re-escriba, si no está decidido a re-pensarse” (**Crítica y verdad**, 1966).

Si trasladamos el problema del conservadurismo y la ñoñez de la literatura vigente (y su crítica) al del cine actual (y su crítica), podríamos apuntar aquí un juicio por el que, sin duda, se nos motejará de quisquillosos o atajasolaces en un tiempo en el que, por utilizar el título de un film de Jean Luc Godard, al parecer **tout va bien**: el final de siglo, en cine, es masivamente académico y, en el peor sentido de la palabra (pues el vocablo no posee siempre y necesariamente un sesgo peyorativo), **pompier** (Azúa ha observado esto mismo para el Arte en general). ¿Que cómo es eso? Otra vez Barthes: “La modernidad puede definirse por ese hecho nuevo: que en ella se conciben **utopías de lenguaje**”. Ahora bien, como casi todo nos suena a **déjà vu**, ello sólo puede significar que la (utopía de la) modernidad se ha desvanecido ante la indiferencia de una crítica complaciente. ¿Solución? Siempre Barthes: “Si yo fuera legislador –suposición aberrante para alguien que, etimológicamente, es “an-arquista”– lejos de imponer una unificación del francés, sea burguesa o popular, alentaría por el contrario: el aprendizaje de diversas lenguas francesas. (...) Esta libertad es un lujo que toda sociedad debería procurar a sus ciudadanos: que haya tantos lenguajes como deseos; proposición utópica puesto que nin-

guna sociedad está todavía dispuesta a captar que existan diversos deseos. Que una lengua, la que fuere, no reprima a otra; que el sujeto por venir conozca sin remordimientos, sin represiones, el goce de tener a su disposición dos instancias de lenguaje, que hable una u otra según las perversiones y no según la Ley”. (**Lección inaugural**, 1977).

El Dios de Bakunin, o la Ley de Barthes, se llama, hoy, Mercado. La sujeción a la Ley (del mercado), al Dios-Mercado, propicia la estabilización, la inanidad y el anquilosamiento de los lenguajes, el imperio de la ortodoxia y la monotonía del lenguaje. Es, en términos políticos, reaccionaria; en términos psicoanalíticos, represiva; y en términos económicos, servil ante la inapelable Rueda de Molino con la que se nos obliga a todos a comulgar.

Desde aquí quisiéramos alentar una crítica que aspire a la **sapientia**, que (cómo no) fue Barthes quien describió (al final de su memorable **Lección inaugural**) como constituida por “ningún poder, un poco de prudente saber y el máximo posible de sabor”. Es decir, una crítica radicalmente perversa, gozosa y, como quería Walter Benjamin, “inútil para el fascismo”; o sea, inútil también para el fascismo simpático que nos acuna hoy apaciblemente al son de una nana ensordecedora.

Y para terminar, si no querían taza, taza y media: ¡más madera, más Barthes!: “Se diría que la idea de placer ya no halaga a nadie. Nuestra sociedad parece a la vez tranquila y violenta, pero sin lugar a dudas es frígida” (**El placer del texto**, 1978).

Alejandro Montiel